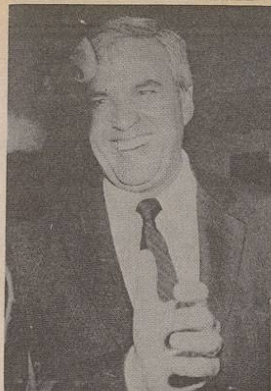


LA NACION

9 de julio 1987

6A NACIONALES

LA NACION, domingo 5 de julio de 1987



Joe Fernández: en las operaciones secretas se le conoció como Tomás Castillo.



Vivió junto a su familia en esta residencia ubicada en Guachipeltin de Escalzo. La Embajada pagaba \$2 mil por alquiler mensual.

Por qué fracasará el plan Arias

24-11-7-87

Por Carlos Alberto Montaner

Madrid.- Oscar Arias vuelve a la carga. En agosto, en Esquipulas, una insignificante ciudad guatemalteca, el presidente de Costa Rica intentará —otra vez— que los países centroamericanos respalden su iniciativa de paz para la región.

Creo que fui testigo del nacimiento de esta gestión diplomática. Fue en un almuerzo privado con el presidente Arias en octubre de 1986, donde le escuché por primera vez desarrollar brillantemente su análisis de la crisis por la que atraviesa el istmo. Para Arias, por lo menos en ese momento, no había la menor duda: la clave de la solución pasaba por la democratización de Managua. No habría paz en la región si Nicaragua no renunciaba a la creación de un estado totalitario calco del modelo agresivamente internacionalista que preconizan los cubanos.

Por supuesto, Costa Rica, sola, no podía lograr ese objetivo. Necesitaba el consenso de los demás países que Centroamérica, y en especial el de la joven democracia guatemalteca, Vinicio Cerezo —a quien Arias le suponía sus mismas preocupaciones democráticas— podía aportar el peso de su legitimidad política y la buena imagen de que disfrutaba en el exterior. Eso compensaría la débil popularidad internacional del salvadoreño Duarte o del hondureño Azcona, dos mandatarios a los que la gran prensa europea y norteamericana, injustamente, no acaba de concederles las credenciales políticas adecuadas.

Obviamente, desde el primer momento, el nicaragüense Daniel Ortega desconfió del Plan Arias. Se dio cuenta, de inmediato, de que el objetivo del mandatario costarricense era impedir la consolidación en Centroamérica de un estado comunista militante —modelo en el que Ortega cree, fanáticamente, desde su asolecencia—, pero tuvo buen cuidado de no oponerse al proyecto. Primero, porque la imagen que Nicaragua intenta proyectar en el exterior es la de su pobre país que lucha por la paz contra la ciega furia homicida de Reagan y —segundo— porque enseguida percibió que era muy difícil que los cuatro países restantes del istmo presentasen un frente común antisandinista. Sus instintos políticos (o su servicio de inteligencia) le advirtieron que la insolidaridad tradicional de los centroamericanos impediría cualquier esfuerzo conjunto encaminado a impedir su proyecto marxista-leninista.

Y probablemente no le falta razón al señor Ortega, Oscar Arias ha conseguido enrolar en su plan al Congreso americano, a las democracias europeas, a la Casa Blanca, al Vaticano, a los países de Contadora, a Javier Pérez de Cuéllar, a la Internacional Socialista y a casi todos los líderes presentables de Occidente. Pero ha fracasado en su intento de alinear alas otras tres democracias centroamericanas que son los elementos básicos del asunto.

A Guatemala, porque a Vinicio Cerezo, en rigor, le importa más bien poco el destino de Nicaragua. Entre su país y el de Daniel Ortega media el territorio hondureño, y es difícil que en una primera fase le alcancen las oleadas de exiliados nicos o los avatares de la guerra. Cerezo —además— está persuadido de que para su imagen personal de líder progresista y candidato al Premio Nobel de la Paz, no le conviene enfrentarse a Managua y coincidir con los objetivos norteamericanos, aunque tampoco se le escapa que el aliado natural de la nación que preside es Washington y no Managua. De ahí su penosa ambigüedad política, expresada en el equivoco trato que mantiene con Managua, con Washington y con San José. A cada cancillería le dice lo que quiere oír, pero de una manera vaga, poco comprometida, que no revela precisamente un especial talento diplomático sin la personalidad frívola de un presidente más interesado en su biografía particular que en el destino de sus compatriotas.

Duarte tampoco llegará a Esquipulas satisfecho del plan costarricense. El presidente salvadoreño no puede entender que se mida a su régimen con el mismo rasero que se emplea para juzgar a la dictadura de Ortega, o que se le intente forzar a una negociación con la guerrilla comunista, sin tomar en cuenta la legitimidad democrática de un gobierno votado por el pueblo bajo las balas.

Azcona, por su parte, también tiene serias objeciones al Plan Arias. Por ejemplo: ¿qué ocurrirá con el ejército de la Contra —tan grande como el de Honduras— si se consigue la desmovilización de las tropas insurgentes? ¿Regresarán a Honduras? Y si se desarma a la Contra y se consolida en Nicaragua un régimen totalitario ¿cómo va a pechar Honduras —el país más pobre de la región— con las decenas de miles de exiliados que inevitablemente huirán de Nicaragua atravesando la frontera hondureña? ¿Cuál va a ser el próximo paso si los

sandinistas —como hicieron los vietnamitas, por ejemplo— pactan la paz y luego insisten en la ingerencia "internacionalista" de tipo cubano? ¿Va a convocar entonces Costa Rica a la lucha armada contra Nicaragua?

Evidentemente, no hay muchas razones para esperar milagros de la reunión de Esquipulas. Para romper la iniciativa diplomática de Oscar Arias bastará con que Ortega, astutamente, plantee que Managua se aviene al pacto si Washington previamente retira su ayuda a los contra y los rebeldes abandonan el territorio nicaragüense como paso anterior a la democratización del país.

Esa condición, sencillamente, es imposible de cumplir, porque una vez desarmada la Contra y dispersados los mandos civiles y militares de la oposición, desaparecería cualquier obstáculo serio a la permanente instauración del comunismo prósaviniético en el istmo. Si desaparece la contra ¿Quién puede impedir que Managua juegue a fondo la carta cubana? ¿Un Régimen debilitado hasta la parálisis por el asunto Irán-Contras? ¿Costa Rica, que no tiene ejército? ¿Guatemala, que mira el conflicto como algo remoto y ajeno? ¿Honduras, cuyas Fuerzas Armadas son la cuarta parte de las de su vecino?

Evidentemente, los rebeldes nicaragüenses no pueden ser barridos en la reunión de Esquipulas mientras no se respondan las preguntas anteriores. Y en cierta forma harían bien los mandatarios centroamericanos en tener en cuenta a la Contra porque esa también es la voluntad de los pueblos de la región. En una reciente encuesta de Gallup realizada entre 1.200 adultos de las cuatro democracias de la zona, con un margen de error de apenas 3 por ciento, dos tercios de los encuestados mostraron su apoyo total a los rebeldes y opinaron que esa es la percepción de los propios nicaragüenses dentro del país.

No hay duda: la premisa de Arias es correcta. La clave de la crisis centroamericana pasa por la democratización de Nicaragua, pero es probable que los presidentes de la zona no estén a la altura del análisis. Difícilmente tendrán el coraje de admitir que ese objetivo sólo podrá lograrse el día que las tropas rebeldes tomen Managua. No creo que en Esquipulas alguien tenga el valor de decirlo en voz alta.

FIRMAS